

BERLANGA DE DUERO

Esta localidad, capital de la comarca conocida como Marquesado de Berlanga, se encuentra en el sector centro-sur de la provincia, aproximadamente a 50 km de la capital, sobre las riberas del río Escalote, muy cerca de su confluencia con la ribera meridional del Duero.

Como lugar fronterizo de la Marca Media musulmana, en el área próxima a la fortaleza de Gormaz, aparece por primera vez en la documentación histórica en el año 975, durante la campaña de socorro que el general en jefe de esta frontera, Galib, dirigió a Gormaz, que entonces sufría asedio cristiano. Berlanga aparece como lugar de paso, aunque cabe suponer que, por la existencia de esta misma referencia, ya era uno de los lugares principales de la comarca. En esa misma campaña militar, en la llanura que rodea a la población, el conde castellano García Fernández trató de preparar una emboscada a Galib, aunque sin éxito, permaneciendo aún el territorio en manos musulmanas hasta el año 1060, cuando el rey Fernando I conquista todo este sector del Duero, también con Gormaz, Vadorrey y Aguilera. Durante estos acontecimientos es conocido con detalle del episodio de la conquista de *civitatem Berlanga*, cuando los musulmanes asediados, abrieron varios boquetes en los muros para poder escapar, dejando abandonados a sus esposas e hijos.

A partir de entonces Berlanga empieza a conformarse como cabeza de una Comunidad de Villa y Tierra de la que dependieron 33 aldeas –trece de ellas actualmente desaparecidas–, aunque en 1113, en el contexto de los enfrentamientos matrimoniales de Urraca de Castilla y Alfonso I de Aragón, estuvo a punto de ser recuperada por los musulmanes, debiendo acudir en su socorro la reina castellana. A pesar de ello, por estas fechas quedó bajo la órbita del rey de Aragón, hasta su fallecimiento en 1134, en que pasó definitivamente a Castilla.

En 1136, mediante el acuerdo suscrito entre los obispos de Sigüenza y Osma para delimitación de ambas diócesis, Berlanga y sus aldeas quedarán dentro del territorio seguntino, donde ha permanecido hasta los años centrales del pasado siglo XX. Ya en aquellos primeros siglos debió ser una activa población, que llegó a contar con siete parroquias, según Gonzalo Martínez Díez: Santa María, San Gil, Santo Tomé, San Nicolás, San Miguel, San Esteban y San Andrés, aunque la presencia de una Puerta de San Pedro en el primer recinto amurallado, hace pensar en otra iglesia bajo esta advocación.

A lo largo del siglo XIV, durante el proceso de señorialización que caracteriza la vida de los reinos peninsulares, Berlanga sale del realengo, donada por Alfonso XI a su hijo bastardo



Berlanga. El castillo con el primer recinto amurallado

Tello, partidario después del usurpador Enrique de Trastámara. En 1370, Tello dona esta villa y la de Velamazán, junto con sus fortalezas, a su amante doña Elvira de Lezcano, con quien tuvo una hija, Leonor de Castilla, casada con Juan Fernández de Tovar, a cuyo linaje se incorporará definitivamente Berlanga, con excepción del breve lapso entre 1448 y 1457 en que estuvo integrada en la Corona, por confiscación de Juan II. En 1466, siendo señor Luis de Tovar, se otorga privilegio para la realización de ferias y por entonces, sobre restos anteriores, comienza la construcción del poderoso castillo que se nos ha conservado. Su hija y heredera, María de Tovar, casó con Íñigo Fernández de Velasco, hijo del duque de Frías y condestable de Castilla, a quienes finalmente, en 1512, llegarán esos títulos, acompañados de una importantísima fortuna. A partir de este momento el matrimonio empieza una campaña de renovación edilicia en la villa, comenzando la construcción del palacio –incendiado por el general francés Duvernet durante la Guerra de la Independencia–, continuando con las obras de la fortaleza y fundando la colegiata de Santa María de Mercado, que aglutinó al conjunto de las parroquias medievales de la villa, que fueron mandadas derribar en el año 1526.

En 1517 el hijo segundo de ese matrimonio, Juan de Tovar, asume el mayorazgo creado para él, que poco después se convertirá en marquesado, agrupando a las aldeas de Hortezueta, Aguilera, Alaló, Arenillas, Abanco, Bayubas de Arriba, Bayubas de Abajo, Bordecorex, Brías, Cabreriza, Caltojar, Casillas de Berlanga, Cihuela, Fuentepuerco, Lumías, La Riba de Escalote, Paones, Morales y Rebollo, es decir, los lugares que conformaron su antigua Comunidad de Villa y Tierra.

Texto y foto: JNG

Bibliografía

BEDOYA, J. M., 1840; BLASCO JIMÉNEZ, M., 1909 (1995), pp. 86-90; CASA MARTÍNEZ, C. de la, 1992a, pp. 66-69; CASTELLANOS GÓMEZ, J., 1999, pp. 106-107; COBOS GUERRA, F. y CASTRO FERNÁNDEZ, J. J. de, 1998, pp. 254-257; GARCÍA VALENCIANO, J. J., 1986, pp. 27-40; GAYA NUÑO, J. A., 1946, p. 201; GONZÁLEZ GONZÁLEZ, J., 1960, pp. 287, 368, 393, 396-398, docs. 12, 136, 385, 499, 876; LOPERRÁEZ CORVALÁN, J., 1788 (1978), I, pp. 66, III, doc. XVI; MADDOZ, P., 1845-1850 (1993), pp. 73-76; MARTÍNEZ DÍEZ, G., 1983, pp. 121-129; MINGUELLA Y ARNEDO, T., 1910-1913, apéndice III; MORENO Y MORENO, M., 1957, I, pp. 192-198; II, pp. 225-232; PÉREZ-RIOJA, J. A., 1985, p. 326; RABAL, N., 1889 (1994), pp. 376-384; SÁENZ RIDRUEJO, C., 1985, pp. 226-228, 234, 236-238, 241, 242, 244, 247; TARACENA AGUIRRE, B. y TUDELA DE LA ORDEN, J., 1928 (1997), pp. 215-219; ZALAMA RODRÍGUEZ, M. Á., 1995, pp. 83-87.

Murallas

LA VILLA PRESENTA dos recintos amurallados, de muy distinta forma y cronología. El más antiguo se asienta en la parte más alta, en el cerro calizo que domina el encajado valle del río Escalote, una zona donde se halló la primitiva población medieval pero que fue desbordada gradualmente hacia el sur, hasta que a comienzos del XVI quedó por completo abandonada, pasando a ser un ámbito exclusivo de los Tovar, con el castillo, palacio y monumentales jardines.

La planta del recinto presenta una forma irregular, de tendencia triangular, con el castillo construido en los siglos XV-XVI en la zona que cuelga sobre el río, ocupando la cota más alta, mientras que el palacio del siglo XVI se adosa a la zona más baja del recinto, también intramuros. Cobos y de

Castro suponen que este recinto fue levantado a comienzos del siglo XII por Alfonso I el Batallador y destacan sus similitudes con los de Soria, Almazán y Calatañazor.

Los muros, que se adaptan perfectamente a la topografía, son de tapial de cal y canto, rematados en merlones apuntados, aunque bajo ellos se ven otros anteriores, amortizados al elevarse algo más la cerca. Las reformas son muy numerosas y la mayor parte del recinto es sencillo, contando en el lado sureste, el que mira hacia la zona más llana, con numerosos cubos semicirculares. Tuvo al menos dos puertas, la del Mercado y la del Campo, cuya denominación es bien indicativa de qué es lo que había ante ellas.

Al sur de este antiguo recinto se elevó otro, mucho más amplio, en tapial de tierra, en cuyo interior Cobos y de



Murallas del primer recinto

Castro señalan la presencia de algunas cerámicas que hacen suponer una cronología tardía. A juzgar por la morfología del arco de la Puerta de Aguilera –monumentalizada en el siglo XVI–, el segundo recinto bien pudo ser obra de un siglo XIII muy avanzado e incluso del XIV, aunque Zalama lo supone ya del XV.

Texto y fotos: JNG



Murallas del primer recinto

Bibliografía

COBOS GUERRA, F. y CASTRO FERNÁNDEZ, J. J. de, 1998, p. 255; TARACENA AGUIRRE, B. y TUDELA DE LA ORDEN, J., 1928 (1997), pp. 215-216; ZALAMA RODRÍGUEZ, M. Á., 1995, pp. 84-85.

Ruinas dentro del primer recinto amurallado

DENTRO DE LA DESOLACIÓN que caracteriza a este sector de la villa, coincidente con sus zonas más antiguas, destacan las ruinas de un pequeño templo, ubicado hacia la zona central-inferior de la vertiente meridional, no lejos de las ruinas del palacio de los duques de Frías y junto a lo que parece un viejo camino abancalado, que tal vez sea heredero de una antigua calle.

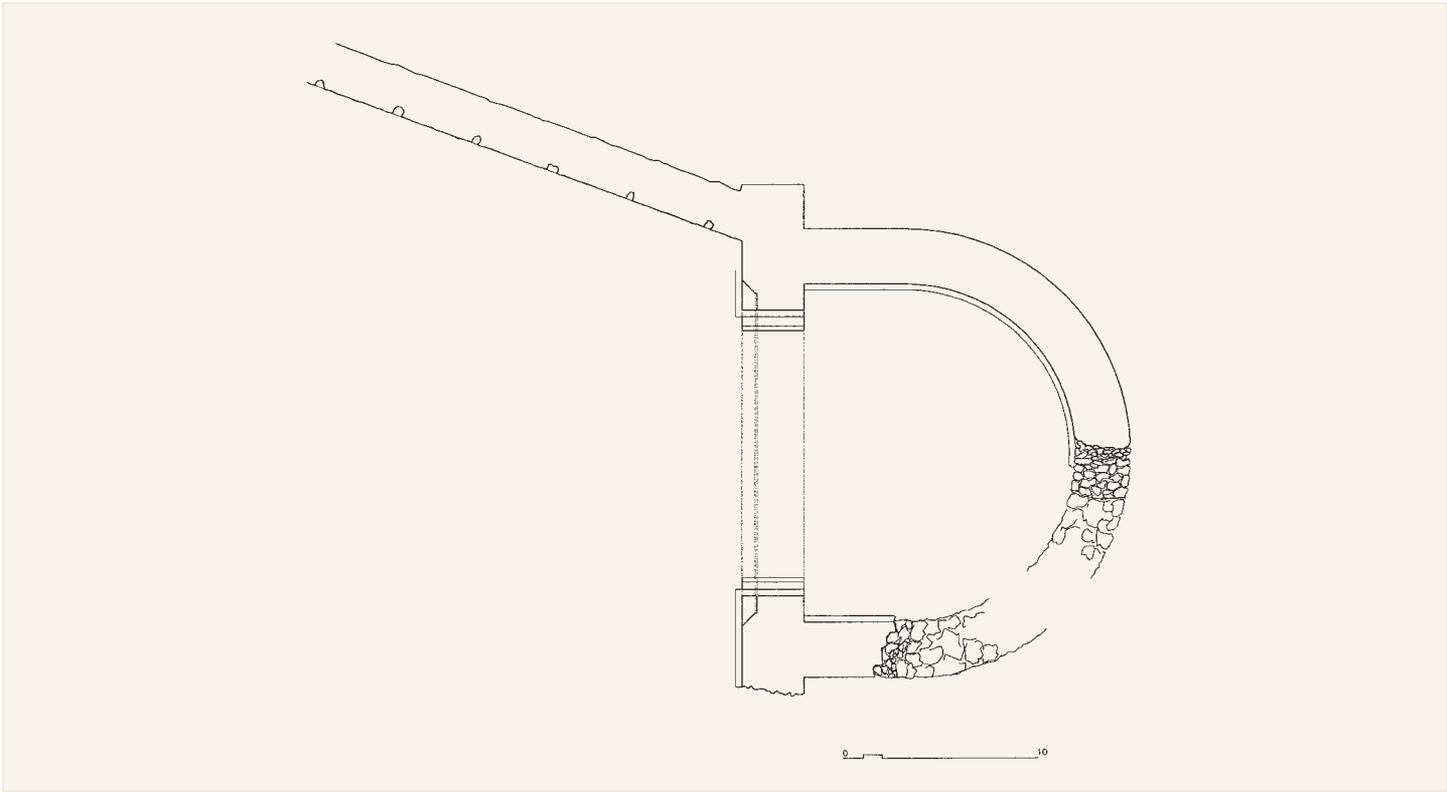
Ruinas de una antigua iglesia a la vera del castillo



Lo que hoy queda es un ábside semicircular que, sin solución de continuidad, se prolonga en un presbiterio recto, rematado por un arco triunfal que milagrosamente se mantiene en pie, a continuación del cual se yergue un largo paredón. El ábside es sencillo, de mampostería caliza, sobreviviendo los dos tercios del muro y el arranque de la bóveda de horno, sobre imposta de listel y chaflán, sin que se lleguen a ver restos de vanos. El presbiterio no es sino una prolongación recta del ábside, similar a lo que se llegan a ver en los restos de la iglesia del despoblado de Golbán, en Atauta; tampoco hay vanos y conserva el arranque de la bóveda de cañón apuntado, hecha en mampostería y apoyada sobre la misma imposta achaflanada.

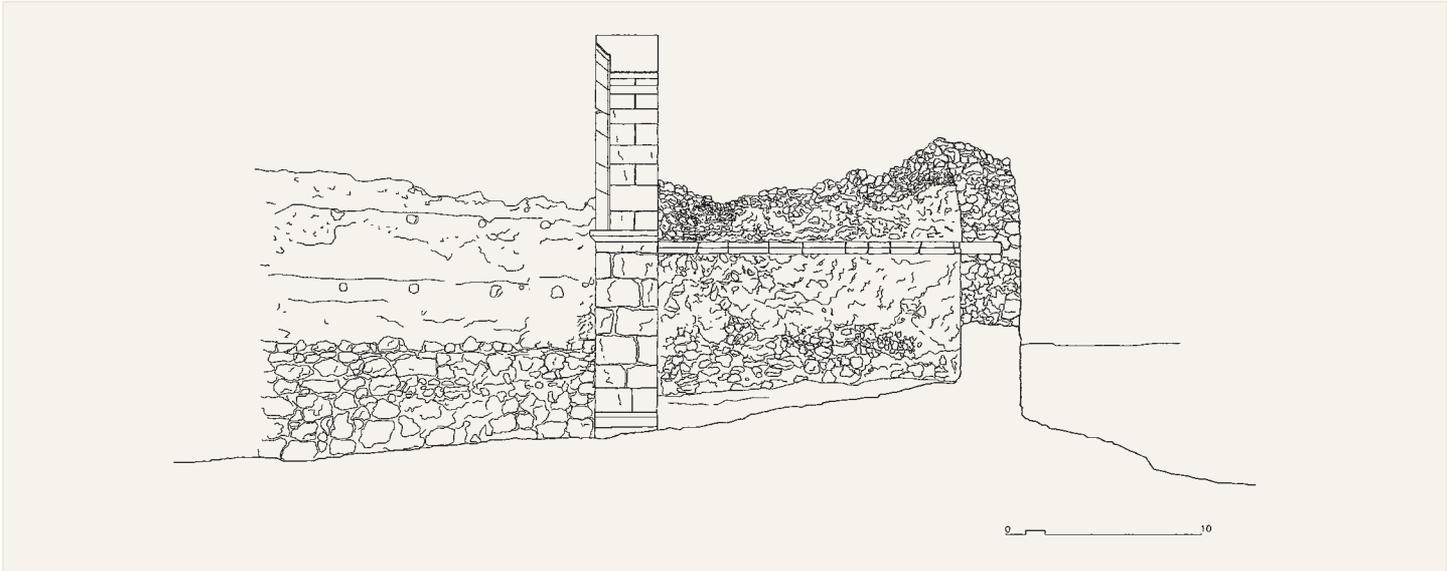
El arco triunfal es el único elemento de sillería, en piedra caliza, formado por arco apuntado, doblado hacia la nave, con la arista de la arquivolta exterior achaflanada. Se apoya en impostas también en chaflán, sobre pilastras con podium cuyas aristas que miran hacia la nave está aboceladas.

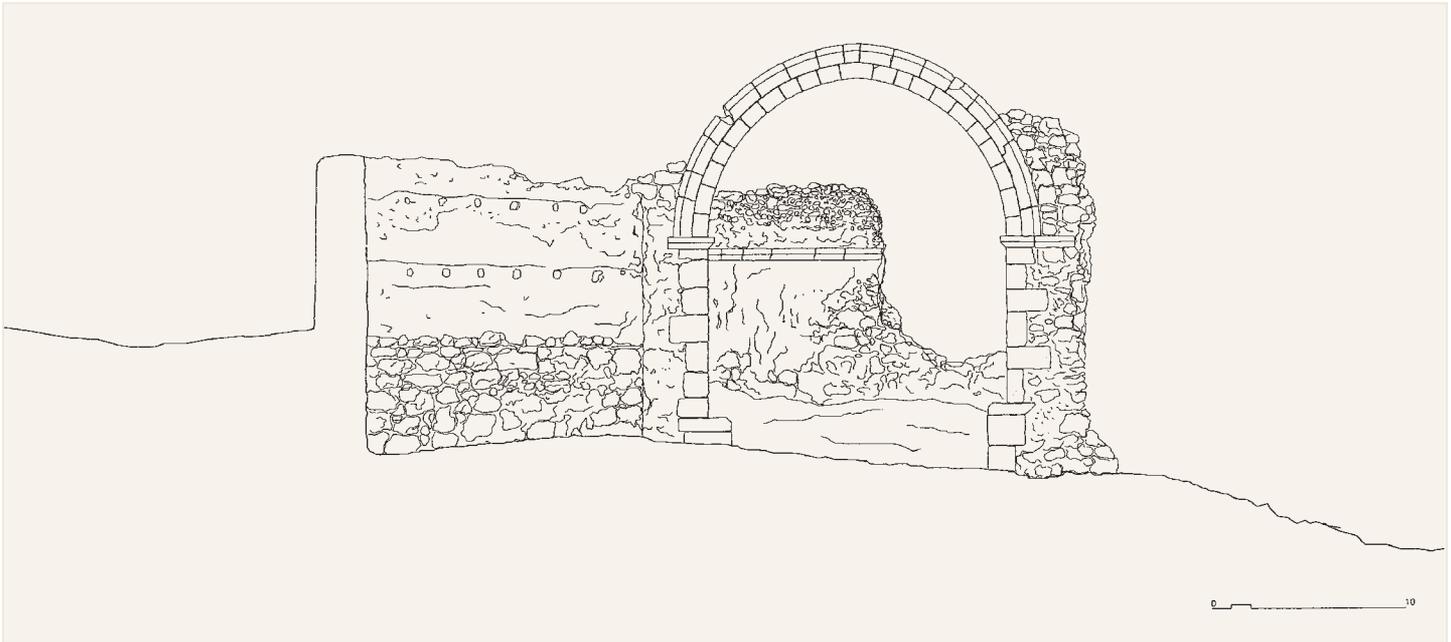
El muro de lo que debió ser la nave poco o nada tiene que ver con esta construcción pues su eje quiebra llamativamente hacia el norte, a la vez que el sector de la epístola



Planta

Sección longitudinal





Sección transversal

parece que fue ensanchado. Llama la atención el hecho de que no se aprecien los pies de esta nave, aún cuando el muro del evangelio es muy largo, lo que nos hace pensar en que quizás en algún momento la cabecera jugó el papel de capilla de un cementerio. En las proximidades, hacia el mediodía, se hallaban los monumentales jardines edificados por los Tovar en el siglo XVI, regados mediante una noria y en los cuales se disponían numerosas estatuas, de las que aún había restos en tiempos de Madoz.

Esta pequeña iglesia sigue un esquema constructivo aún románico, aunque morfológicamente, en especial su arco triunfal, parece obra más bien gótica, por lo que tal vez nos hallemos cerca los años centrales del siglo XIII. No obstante, los bocelillos que presentan los sillares del podium del triunfal y el trabajo de labra a hacha que aparece en los sillares de esta estructura, son características más netamente románicas.

Texto y fotos: JNG - Planos: JRA



Vista desde el este

Restos escultóricos conservados en la colegiata de Santa María del Mercado

ESTE MAGNÍFICO TEMPLO fue construido *ex novo* por los duques de Frías y marqueses de Berlanga en buena parte entre 1526 y 1530, acogiendo administrativamente bajo su muros, a las anteriores parroquias medievales. En su fábrica no hay ningún elemento reutilizado que pueda datarse en época románica, aunque en su interior se conservan seis piezas sueltas que sí lo son. La procedencia de todas ellas es desconocida, aunque cabe la posibilidad de que al menos alguna de ella pudiera proceder de alguno de los templos de la villa derribados en 1526. Las cuatro primeras que a continuación se describen están en la capilla de fray Tomás de Berlanga, y las dos últimas en una sacristía.

1. Conjunto labrado en caliza, compuesto por capitel de forma troncopiramidal, tallado en sus cuatro caras, con

columnilla y cimacio. La cesta, de 34×22 cm, se decora a base de toscas hojas ovaladas, cada una de las cuales acoge una piña. El fuste mantiene su altura original de 50 cm y muestra marcado éntasis, mientras que la pieza que hace la función de basa es en realidad un cimacio de nacela.

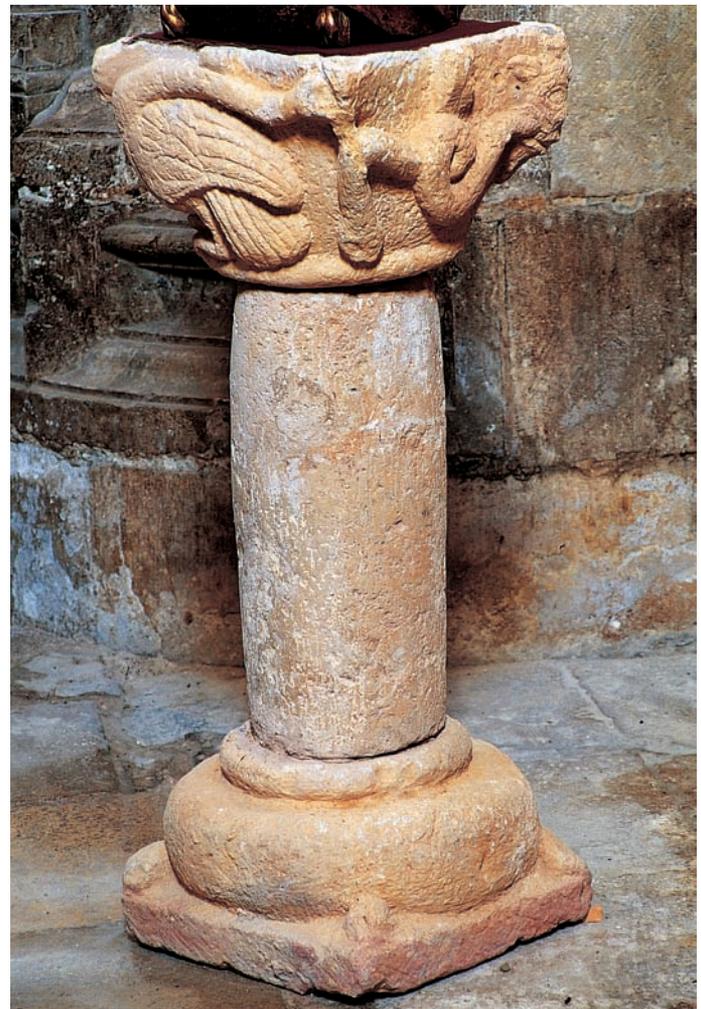
2. Conjunto tallado en piedra caliza y formado por capitel, columna y cimacio, con una altura total de 89 cm. El capitel, de 34×23 cm se decora en las cuatro caras a base de lacería, mientras que la columnilla, de 50 cm de altura, tiene un éntasis mucho menos marcado que la pieza anterior. La basa de nuevo es otro cimacio de nacela.

3. Conjunto de basa, fuste y capitel, en caliza, con una altura total de 95,5 cm. La cesta, troncopiramidal, de 35×24 cm, se decora en las cuatro caras, ocupando cada una

Pieza n.º 3



Pieza n.º 4





Pieza n.º 6

de las esquinas dos aves en reposo, afrontadas, tocándose con los picos. En los lados frontales, en la parte superior, aparece un taco a modo de canecillo de nacela estriada. La columna, de 48,5 cm de altura, carece de éntasis y la basa está formada por plinto cuadrangular –con restos de pintura roja–, grueso toro inferior rematado en bolas y toro superior más delgado, sin escocia.

4. Conjunto de basa, fuste y capitel, con una altura total de 94 cm, labrado en caliza. La cesta, de sección troncopiramidal, de 34,5 × 24 cm, se decora en sus cuatro caras, apareciendo en dos de ellas sendas aves en reposo, con detallado plumaje y largos cuellos vueltos hacia atrás. Una de ellas atenaza con su pico el cuerpo en forma de bucle de una serpiente, que a su vez ocupa otra de las caras, mientras que el otro ave hace lo propio, estirando más aún el cuello para coger a una segunda culebra, que se dispone en la cuarta cara y que trata de defenderse enroscándose en su atacante. En uno de los ángulos se ubica finalmente una

cabecita monstruosa, de cuya boca surgen los ofidios. La columnita, con éntasis, mide 49 cm de altura y la basa es de doble toro –mucho más grueso el inferior, flanqueado por pequeñas bolas–, sin escocia y con pequeño plinto.

5. Pieza tallada en un solo bloque de piedra caliza, de 81 cm de altura total, formada por un capitel de sección cuadrangular, decorado en todas sus caras con motivos vegetales, a base de pesadas y toscas hojas de forma triangular, ocupando las esquinas, con grandes hendiduras que corresponden a los nervios. En los frentes hay cuatro hojas lanceoladas, lisas, sólo con una nervadura central, vertical, en relieve. El fuste está formado por cuatro columnillas torsas, apoyando en basa de doble toro, sin escocia, sobre plinto.

6. Pieza muy similar a la anterior, de 74,5 cm de altura, también tallada en un mismo bloque, aunque presentando alguna diferencia. El capitel, también de sección cuadrangular, insinúa cuatro cestas, aunque apenas están marcadas. Se decora con unas rudimentarias hojas ovaladas que ocupan las esquinas –una hoja a cada lado– y otra central, de tosca ejecución y nervios marcados. En la parte superior hay un rectángulo, a modo de ábaco, que se prolonga en los frentes hacia abajo, como si quisiera representar un taco. El fuste es igualmente cuatripartito y helicoidal y el basamento también insinúa cuatro basas, sobre deteriorado plinto, grueso toro inferior, desarrollada escocia y pequeño toro superior.

Todo este conjunto de elementos participa de una misma característica y es el hecho de ser cortas piezas cuyos capiteles se hallan decorados en las cuatro caras, lo que significa que son exentos. Por su forma cabe relacionarlos con algún tipo de galería, quizás claustal o más probablemente con un pórtico, construcción que es mucho más habitual en tierras sorianas o en la inmediata provincia de Guadalajara. Por otro lado los fustes helicoidales nos los encontramos en la galería de San Pedro de Caracena, pero también en los arcos de la sala capitular de El Burgo de Osma o del cercano monasterio burgalés de La Vid. En todo caso también es posible que alguna de las piezas pudiera haber servido para soportar algún altar. Por lo que respecta a sus relaciones escultóricas, cabe reseñar especialmente cierta proximidad de las piezas n.º 3 y 4 a San Miguel de San Esteban de Gormaz, por lo que estaríamos hablando de los comienzos del siglo XII.

Al margen de todos estos elementos escultóricos en piedra, en la misma sacristía se conserva también una pequeña talla, en madera de pino, que corresponde a un Pantocrátor, de 49 cm de altura, 16 cm de anchura y 6 cm de espesor. Representa a Cristo en Majestad, sentado sobre sitial, tocado con corona y sosteniendo en la mano izquierda el libro mientras que con la derecha bendice. El



Pantocrátor

rostro muestra perfiles angulosos, ojos almendrados y labios un tanto apuntados, rasgos todos que recuerdan a los de los apóstoles que componen el frontal de la fachada de la iglesia palentina de San Juan Bautista de Moarves de Ojeda. Los pliegues del vestido son muy planos y rectilíneos y los pies desnudos son muy desproporcionados. Hasta hace algunos años se hallaba sobre la puerta de la colegiata, por lo que ha perdido todo resto de policromía, que sí parece que tuvo, a juzgar por algunos rastros de estuco. Desconocemos su función original, aunque es posible que estuviera acompañado del Tetramorfos, formando parte de un frontal de altar o pequeño retablo. Su fecha podemos establecerla en torno al último cuarto del siglo XII.

Texto y fotos: JNG

Bibliografía

AA.VV., 2001b, pp. 88, 89, 123.

Capitel en los soportales de la Plaza Mayor

Capitel reutilizado como basa en los soportales de la Plaza Mayor



LA PLAZA MAYOR de Berlanga de Duero se encuentra dentro del segundo recinto amurallado y su morfología actual debe datar del siglo XVI, porticada toda ella, con postes de madera sobre basamentos de piedra. Una de estas basas es un capitel románico invertido, de piedra caliza, de 39 cm de lado y 28 cm de altura, tallado en sus cuatro caras con sencillos motivos vegetales a base de hojas alargadas, con nervio central rematado en bola, ocupando cada una de tales hojas el centro de las caras y las esquinas.

Al igual que otros restos románicos de la localidad, puede proceder de una galería porticada, posiblemente de alguna de las iglesias medievales derribadas en 1526.

Texto y foto: JNG

Tímpano en el convento de La Concepción

CERCA DE LA COLEGIATA, en la fachada que da a la calle Bedoya del convento de las concepcionistas franciscanas se empotró, junto a una chambrana abiselada y dos dovelas con decoración de círculos concéntricos, un tímpano románico especialmente interesante tanto por la iconografía que desarrolla como por su excelente factura.

Este convento de clausura fue fundado en 1547 por doña Juana Enríquez, viuda del primer marqués de Berlanga, Juan de Tovar.

Desconocemos cuál era edificio de Berlanga al que pertenecía esta pieza, labrada en arenisca y aún con restos de policromía en tonos ocres y azules. Iconográficamente, el tímpano nos presenta una sintética visión celestial presidida por la Teofanía, bajo la forma del Pantocrátor rodeado del Tetramorfos. La *Maiestas* aparece inscrita en una mandorla almendrada, con la solemne figura del Padre, barbada y de larga cabellera que cae sobre sus hombros, sentado en un trono rematado por cabecitas felinas, apoyando sus pies descalzos en un escabel. Viste túnica y manto, porta corona y bendice con su diestra mientras sostiene el Libro sobre su rodilla izquierda. La fractura que afecta a la parte superior del relieve no permite concretar si la forma que se dispone sobre la figura corresponde a la paloma del Espíritu Santo o bien se trata de un añadido dispuesto en el momento de ser reutilizada la pieza (Gaya pensaba que el personaje se tocaba con una mitra, error repetido posteriormente en numerosas publicaciones). Rodean a la figura

divina los símbolos de los cuatro evangelistas, en forma de prótomos sostenidos en lienzos por figuras angélicas, salvo Mateo –en la parte superior izquierda– que se representa como un ángel desplegando una filacteria. Este recurso iconográfico es también utilizado en los tímpanos de Santo Domingo de Soria, San Esteban de Moradillo de Sedano, etc.

A ambos lados de esta visión celestial se sitúan dos personajes que precisan el mensaje del tímpano. A la derecha de la *Maiestas* aparece la figura de la Virgen, sentada sobre un cojín, coronada y ataviada con calzado puntiagudo, túnica, velo y manto, mostrando la palma de su diestra mientras recoge un borde del manto con dos dedos de su otra mano, en un amanerado gesto que se repite en las imágenes de los tímpanos de Santo Domingo de Soria, Gredilla de Sedano, Butrera, etc. A la izquierda del espectador vemos una *Psicostasis*, con el arcángel San Miguel sosteniendo la balanza con su diestra y realizando el gesto de respeto y adoración de mostrar la palma con la otra mano. En uno de los platillos de la balanza vemos una cabecita que debe representar el alma del justo, mientras que, en el otro lado, una descabezada figurita, desnuda y realizando una forzada contorsión, intenta asirse al otro platillo.

En realidad, y como ocurre con la inmensa mayoría de las visiones celestiales de la iconografía medieval, el contenido del mensaje expresado es el resultado de una síntesis de pasajes extraídos tanto del Apocalipsis (Ap 4, 6-8 y 5) como de los textos vetero (Ez 1, 1-28; Dan 5,27 y 12;



Tímpano



Detalle de la figura de María en el tímpano

Job 31, 3, entre otros) y neotestamentarios (Mt 24, 27-31 y 25, 31-46), a los que la elaboración patrística dotó de interpretaciones diversas (San Ireneo, Honorio de Autun, Guillermo Durando, etc.). En Berlanga, acompañan a la visión celestial, a la que el cristiano tendrá acceso sólo en el momento del Juicio, la figura intercesora y mediadora de María –interpretable a nuestro juicio como Madre de Dios y como Iglesia, sin otras connotaciones apocalípticas– y un Juicio Final resumido, bajo la forma del pesaje de las acciones morales. Podríamos pues “leer” ese relieve del

modo lineal siguiente: el alma del justo, guiada por la Iglesia, tendrá una vez producida la muerte física y tras salir con bien del Juicio, acceso a la revelación *facie ad faciem* de la gloria divina.

Estilísticamente el cuidado relieve responde a las filiaciones ya insinuadas en lo iconográfico, es decir, se inscribe dentro de la mejor corriente plástica del último cuarto del siglo XII, desarrollada casi simultáneamente por los talleres burgaleses de Santo Domingo de Silos, Moradillo de Sedano, Butrera, etc., y otros navarros, aragoneses y riojanos, como los de San Miguel de Estella, Tudela, Santo Domingo de la Calzada y Alcanadre, entre otros. Esta renovación plástica penetra en Soria a través del taller que trabaja en los años 70 del siglo XII en la sala capitular de la catedral de El Burgo de Osma, de donde su estilo parece extenderse hacia Soria –donde confluye con el hacer de maestros de formación navarro-aragonesa– y Almazán. Tanto compositiva como plásticamente, nuestro tímpano se acerca al de Santo Domingo de Soria, con las mismas forzadas posturas de los ángeles y similar profusión y abarrocamiento de los pliegues de las vestiduras: abombados en las articulaciones, rodeados de haces de fruncidos, pliegues escalonados en zigzag en el borde de las telas, en tubo de órgano en las partes bajas de las túnicas, etc. El amanejado modismo de sujetar el borde del manto con dos dedos extendidos es, como veremos al hablar del tímpano soriano, un rasgo repetido miméticamente en numerosas imágenes tardorrománicas de María que emergen del citado núcleo estilístico.

Con tales premisas, la cronología de esta pieza debe rondar los últimos años del siglo XII, no pudiendo compartir la apreciación de Gaya Nuño, para quien “el arte de los relieves de este tímpano es muy inferior al de Santo Domingo”, considerándolo copia tardía del soriano.

Texto y fotos: JMRM

Bibliografía

- ALMAZÁN DE GRACIA, Á., 1997, p. 85; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1986, pp. 111-112; GARIJO PUERTAS, F. M., 1995, pp. 124-126; GAYA NUÑO, J. A., 1946, pp. 201-202; HERBOSA, V., 1999, p. 88; IZQUIERDO BERTIZ, J. M.^a, 1985, pp. 277-278; MELERO MONEO, M., 1994, p. 169; RUIZ EZQUERRO, J. J., 1985, p. 44.